

Toda una larga, larguísima etapa de la historia española está presente en las páginas de este libro, a través de sus figuras más representativas, ya que con perfil físico e intelectual, también anecdótico, se asoman a ellas.

Si la obra es muestrario de personalidades salientes, es a la vez la más clara muestra de lo que el Ateneo ha representado y representa hoy en la vida intelectual de nuestro país.

Nos dice el libro que si hubo horas en que se perdió el timón, otras tuvo, en cambio, y fueron las más, las mejores y las más eficaces —tal las presentes, para no citar todas—, en que se ganaron lauros. Horas felices en que pilotos de altura le llevaron a buen puerto; y como siempre es justa la cita, demos la presente, que va por buenos rumbos por la mano de ese capitán seguro y eficaz que es Pedro Rocamora.

A la *Biografía del Ateneo*, libro singularmente útil, y sea éste nuestro último elogio, le ha hecho una presentación cuidada la Editora Nacional y una portada francamente bonita Francisco Verdú.

**"ENSAYOS DEL MUSEO IMAGINARIO",**

por PEDRO ROCAMORA.—Premio  
Nacional de Literatura.—Madrid, 1949.

Por las salas del museo que ha creado intelectual, imaginativamente Pedro Rocamora, nos acompaña el realismo español en el arte plástico. España crea, dice el autor, antes que un humanismo de la pintura, una humanización de este arte. «La Celestina» prepara, en el acontecer español, un cambio esencial de las maneras y de la filosofía, que va culminando gracias, primero, a la universalidad geográfica de España en el siglo XVI. Un siglo más tarde se llega al «descubrimiento definitivo del arte. Ni una sola parcela del espíritu deja de germinar feliz y generosamente». Lo español cabalga por el mundo, con unas legiones que conquistan y gobiernan y transforman el Renacimiento latino, en una síntesis ecuménica, acentuada y afirmada por la españolidad. Viene a la memoria la teoría de Menéndez y Pelayo, para el cual la edad cenital de nuestro país comprende dos siglos: dos siglos de oro.

El «Spagnoletto» coexiste con Cervantes; el Greco, con Mateo Alemán; Velázquez, con Quevedo; a Goya le precede Torres Villarroel, es contemporáneo de don Ramón de la Cruz y le sigue inme-

diatamente «Fígaro». La pintura y las letras van a la par, creando un realismo español, que será la inquieta preocupación de los Barrés y los Croce. No es posible reducir el Renacimiento pictórico a una clave italiana, a pesar de la correspondencia entre la cultura hispana y la peninsular. Ni siquiera arguyendo la intimidad de nuestros pintores con los maestros italianos. Rocamora, al dedicar a Ribera uno de sus penetrantes ensayos, nos cuenta cómo bajo la gala de un Renacimiento maduro, o quizá declinante, el «Spagnoletto» encuentra el barro humano y la encubierta lacería. De igual modo, Lope y Calderón hacen fluir bajo la pompa poética de sus dramas y comedias un caudal humano que comporta la angustia, el dolor social, las tempestades del corazón y el ansia de la justicia.

Este libro, al que con extraordinario acierto se le ha discernido el Premio Nacional de Literatura, tiene una filosófica energía, que lleva al autor a situar teorías originales. Es un mensaje descubridor, y en este sentido es parigual de la interpretación del Tintoretto hecha por François Fosca, que también está colmada de valentía y de originalidad. Rocamora considera la pintura y la escultura como arte vivo, de incitación permanente a la filosofía y a la crítica. No debemos sepultar a los artistas bajo las siete varas de una interpretación que pretenda ser definitiva. En este punto, conviene romper la costra retórica, a veces política, otras sectaria, que encubre los maravillosos colores del Greco. El ensayista se alza contra la idea del museo-panteón, lo mismo que se rebela, con una imprecación, contra los «eruditos adocenados, críticos ramplones, deleznales biógrafos», que aspiran a interpretar la pintura sombría de Goya. Esta postura de Rocamora está tan de acuerdo con el carácter español como lo estuvieron las actitudes individualistas de Unamuno, en cuanto era libre albedrío intelectual. Otro de los pintores interpretados por el autor, Velázquez, aparece como el gran individualista del arte español. Las páginas a él dedicadas parecen una confidencia póstuma del pintor, por lo claras, precisas, cabales. O acaso la copia de uno de los coloquios que sostenría con Quevedo, mientras pintaba al autor del «Buscón». Pues Quevedo y Velázquez no eran criados del rey, sino españoles dueños de su autonomía espiritual.

Teología y humanidad, como en los filósofos característicos de España, encuentra Rocamora en el Greco. En el «Entierro del conde de Orgaz» el pintor se planteó «la más ambiciosa y audaz empresa que la pintura universal había conocido: la de pintar el

alma. Y ahí está, como escapada de la naturaleza, bella y exánime, del señor de Orgaz, su alma bienaventurada elevándose, como en un milagroso trance de levitación, hasta la altura soñada de su Dios». ¡Cuán lejos estamos, en las páginas de Rocamora, de la abrumadora sequedad enumerativa y cronológica de las minucias descriptivas! Por el museo imaginario creado por el autor viaja un Sterne, que funda doctrina interpretativa, mientras los ojos buídos, perspicaces, van descubriendo lo que permanecía inédito. En Rocamora hay mentores altos, como Hegel, pero no es el doméstico de Ruskin y de Pater, de Taine y de M. B. Cossío, y si a veces paga parvo tributo a un hombre, lo declara sencillamente, como en el caso de Goethe, cuando el autor se refiere a Goya.

El ensayo sobre éste es una revisión completa, un ajuste de perspectivas y de teorías. La pregunta «¿sigue Goya al Greco en uno de sus dos derroteros?» y el juicio sobre la primera época del pintor aragonés reclaman una amplia glosa. Para el escritor, Goya introduce a las masas en la pintura con «presencia dramática y solemne». El costumbrismo madrileño goyesco se encaja con precisión: «A Goya con Madrid le pasó lo que a Velázquez con Zaragoza: cada uno de estos pintores ha soñado o entrevisto una ciudad que tenía un poco de realidad y un mucho de fantasía.»

*Ensayos del museo imaginario* termina con una interpretación de la auténtica escultura española. Berruguete es la cifra, y se le define como un Greco de la talla. Y Gregorio Hernández forma con él «la guardia de honor del barroco español».

Por medio de todas esas figuras, Pedro Rocamora ha expuesto las raíces de las artes plásticas españolas. El libro, ganador de una recompensa nacional, está destinado a inagotable permanencia. Es la obra culminante de un escritor que ha ido formándose en el rigor intelectual más puro y al que obedecen con su misión las Letras.

MAXIMIANO GARCÍA VENERO.